

—¿Y sabe usted por qué no han venido?

—Seguramente.

—¿Por qué?

—Porque en el momento de poner el pie en el estribo, llegó su padre acompañado del extranjero que las llevó esta mañana a misa, y las hizo entrar en casa, mandando al cochero que desenganchase las mulas y metiese el coche.

—¡Dios mío!...—exclamó alarmado con aquella noticia Leopoldo—. ¿Qué habrá pasado?... ¿Y está usted persuadido de que venían al baile?

—Segurísimo.

—¿En qué se funda usted?

—En que estaba en traje de baile.

—¿Sabe usted qué adornos llevaba?

—Una corona de rosas blancas en la cabeza, y un lazo punzó, figurando una flor, en el pecho.

—¡Una corona de rosas blancas y una cinta punzó!...—exclamó Leopoldo, henchido de placer—. ¡Ah!, no hay duda; venía a verme. Y ¿sabe usted si ha salido ya de su casa el señor Duval?

—Lo ignoro, porque en el acto vine para ver si le encontraba a usted fuera, y avisarle lo que pasaba.

—Gracias por el interés que se toma usted por mí.

—¿Por qué no pasa usted por su calle? Acaso estará esperando a usted en el balcón.

—Puede ser muy bien. Sí; voy a pasar ahora mismo.

—¿Quiere usted que le acompañe?

—No, mil gracias; iré solo.

—Como usted guste.

—Adiós; y si no nos volvemos a ver mañana, en México, dentro de tres días.

—Allí estaré.

—Calle de Tacuba, número tres, segundo piso, a la izquierda.

—Calle de Tacuba, número tres.

Leopoldo se alejó a paso veloz.

—Parece—decía hablando consigo mismo, mientras se dirigía a la calle en que Clotilde vivía—que había adivinado que traería yo el clavel rojo diciéndole en él: «te amo como rendido, galante y apasionado caballero», cuando se colocó la corona de rosas blancas, contestándome con ellas: «y yo también te amo». ¡Ah!... Sí, ella me ama, me ama; ¿qué me importa que el mundo entero se oponga a mi felicidad y trate un rival de robarme su corazón, cuando en la cinta

punzó me dice ella: «te amo más que a mi vida»... ¡Más que a su vida!

Y Leopoldo, repitiendo las últimas palabras, caminaba hacia la casa de Clotilde.

Llegó con temor y esperanza a la calle; fijó los ojos con avidez en el sitio en que creía le estuviese esperando, pero sólo alcanzó a ver cerrado el balcón.

Esperó un momento quieto enfrente, y nadie se presentó.

El más profundo silencio reinaba dentro del edificio.

Ningún rayo de luz se vislumbraba al través de las cortinas que velaban las puertas vidrieras de la sala.

Leopoldo temió que hubiese tenido lugar alguna escena desagradable.

Conocía el carácter de Duval, y sospechó que tratase de alcanzar, con alguna medida violenta, la mano de la mujer que amaba.

Agobiado con esta idea, y viendo que esperar por más tiempo era inútil, se alejó triste y afligido.

—Mañana sabré lo que ha pasado—dijo—. Clotilde tiene costumbre de ir al Cabrío con su protectora y las señoras que están de temporada, y la hablaré; me impondrá de cuanto ha pasado esta noche, y en consecuencia de lo que me diga, obraré.

Diciendo esto llegó a la casa en que se alojaba cada vez que iba a San Angel, tocó a la puerta, abrió el portero, y penetró en su cuarto, inquieto por los acontecimientos futuros.

## CAPITULO V

### El encuentro

Era de noche. El cielo estaba obscuro y tempestuoso como la conciencia de un impío.

Gruesos nubarrones, impelidos por un fuerte viento Norte, cruzaban la atmósfera como vagarosos fantasmas de caprichosas formas.

El relámpago lucía de tiempo en tiempo, precediendo al trueno que interrumpía, con imponente ruido, el silencio de la noche.

Las doce daban en la torre de la iglesia de San Angel.

Multitud de jóvenes de ambos sexos salían de una casa en que hasta entonces se habían escuchado los alegres acordes de la música, que indicaba un magnífico baile.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
D. A. N. B. I.

La gente salía satisfecha y contenta, y se despedía hasta el siguiente día para ir al Cabrío muy de madrugada a tomar leche.

El placer se marcaba en el semblante de todos.

Cada cual repetía interiormente las palabras de amor que había escuchado de los labios del objeto amado.

Nadie hubiera cambiado su posición por el más potentado de la tierra.

Sólo el doctor Willey salía despechado por la mala acogida que habían encontrado en Luz sus palabras. La joven se había agarrado del brazo de Rafael al salir, y el doctor se vio obligado a dar el suyo a la mamá.

Todos, pues, excepto él, salían del salón de dicha y de esperanza.

En medio de tanta satisfacción, regocijo y placer, se veía un hombre envuelto en miserables andrajos, colocado al lado de la puerta de la calle, y tendido sobre el suelo.

Los concurrentes al baile habían desaparecido. La calle volvió a quedar solitaria. Los relámpagos seguían. Los truenos interrumpían el sepulcral silencio que reinaba. Y el hombre, tendido en el suelo y envuelto en sus sucios harapos roncaba fuertemente.

Era el único sér viviente que no se había puesto al abrigo de la tormenta que amenazaba.

Las puertas de todas las casas permanecían cerradas. Ni una luz se divisaba en todos los edificios. San Angel era la imagen de un panteón donde todo yace muerto a la vida.

De repente interrumpió el silencio el ruido de una puerta que se abría. Poco después se escucharon los pasos de un hombre que avanzaba a paso acelerado.

A los pocos instantes se oyó una imprecación, y se le vió caer encima de otro cuerpo.

El hombre había tropezado con el miserable que dormía en la calle.

—¡Maldito seas, amén!—exclamó con ira al caer, el que había tropezado.

El desgraciado que dormía, despertó al golpe que había recibido, y contestó:

—Tú que me quitas el bien  
que me hace olvidar mis cuitas,  
tú que mi sueño me quitas,  
¡maldito seas, amén!

—¡El mendigo poeta!—exclamó el poeta, enderezándose un poco.

—¡Cielos, qué veo!...—gritó a su vez asombrado el andrajoso—. ¡Es una visión la que se presenta a mis ojos!...

—¡Cómo!... ¿Me has visto alguna otra vez?—dijo el nuevo personaje examinándole y mirándole con recelo.

El mendigo notó la atención con que era examinado, y contestó fingiendo el más inocente candor:

—Sí.

—¿Cuándo?—preguntó palideciendo y con marcada inquietud su interlocutor.

—Hace mucho tiempo—contestó el mendigo, sin perder una sola de las señales que se marcaban en el rostro del que lo interrogaba.

—¿Dónde?

—En Guadalajara.

El hombre se inmutó.

—¡En Guadalajara!... ¿Y en qué sitio?

El mendigo, que parecía complacerse y jugar con su interlocutor, como el gato juega con el ratón, soltándole cuando esperaba morir, y volviéndole a coger cuando se creía en libertad, contestó:

—¿En qué sitio?

—Sí; ¿en qué sitio?

—En... ¡Ja, ja, ja!...—exclamó soltando de repente una carcajada intempestiva, contemplando con una curiosidad estúpida la faz de su asombrado interlocutor.

—¿De qué te ríes?—dijo temeroso y atónito aquel hombre, que tembló al escuchar de los labios del mendigo que le había conocido en Guadalajara.

—Pues, ¿no me he de reír?... ¡Qué cosa tan parecida!...

—Pero... ¿A quién?...

—¿A quién?... ¿Pues no se lo he dicho a usted ya?...

—Ni una palabra—contestó cada vez más inquieto el personaje. El mendigo temió despertar sospechas que asustaran la caza, y contestó, fingiendo haberse excedido en la bebida:

—Pues a la muestra que está en la pulquería de «Los Beodos», enfrente a la Alameda de Guadalajara.

El pecho del que escuchaba se ensanchó con aquellas palabras, y respiró con libertad; desaparecieron las muestras de terror que se habían fijado en su semblante, y de sus ojos la mirada recelosa que los hacía imponentes.

—Vamos, está borracho—dijo luego para sí—; y yo que me había alarmado...

—¿No recuerda usted?... Pues es todo igual a usted; barba larga, gran bigote; sino que usted lleva sombrero alto y bastón, y aquél tiene en vez de sombrero una corona de

pámpanos, y en lugar de bastón un gran vaso de pulque.  
¡Ja, ja, ja!... Me gusta más el vaso de pulque que el bastón.

—Lo creo.

—¿Y a usted no? La casa del que ha bebido aunque sea pobre, siempre está llena de lucecitas.

—Como las que tú ves ahora.

—¿Se acuerda usted de aquel versito—dijo, fingiendo embriaguez y torpeza para pronunciar las palabras—; no versito, sino soneto, que tenía usted en su casa de Guadalajara?

—¿En mi casa?...—volvió a contestar con alteración el interpelado—. ¡Pues qué! ¿Tú has estado en mi casa?

—Sí; en la casa en que está usted de muestra; en la pulquería de «Los Beodos». ¿No se acuerda usted?

—¡Eh!... ¡Déjame en paz!—dijo, disponiéndose a marchar.

—Pues empieza así:

Blanco licor del suelo mexicano;  
producto de magueyes dulce y fino;  
no hay para qué envidiar de España el vino,  
cuando a ti te produce el suelo indiano.

»Pero qué, ¿se va usted?—preguntó, interrumpiendo su soneto y viendo que el otro echaba a andar.

—Sí; adiós.

—¿No me da usted algo para mojar la garganta?

—La fuente está muy cerca; te permito que bebas todo el agua que quieras—le contestó alejándose; y luego añadió para sí—: No me ha hecho pasar mal susto ese maldito borracho.

El mendigo le estuvo mirando atentamente mientras se alejaba; al verle algo retirado, se levantó del suelo con indecible rapidez; brillaron sus ojos con una expresión de placer inmenso, y preparándose para seguirle, exclamó:

—¡Es él!... ¡Le he reconocido!... Su temor al hablarle de Guadalajara..., su sobresalto..., su barba hasta el pecho..., su mirada de espanto..., no me cabe duda.

Y echó a andar a distancia conveniente del primero, para no despertar sospechas, pero sin perderle nunca de vista.

La noche estaba cada vez más oscura y nebulosa. La naturaleza triste y misteriosa. Un profundo silencio reinaba por todas partes, que sólo era interrumpido por los continuos truenos que rasgaban la atmósfera, y por los pasos del hombre de la gran barba y del mendigo que le seguía. Las negras nubes cabalgaban sobre el viento en caprichosas formas, y los pocos faroles que iluminaban a trechos la población, amenazaban apagarse a cada instante.

El misterioso personaje llevaba una dirección extraña.

Había atravesado el centro del pueblo, y se dirigía hacia la última casa situada a la salida de la población.

El mendigo continuaba marchando tras él; pero a regular distancia, resuelto a descubrir a todo trance el sitio a que entraba.

Eran las dos únicas personas que transitaban por la calle.

Al cabo de media hora, el desconocido se detuvo a la puerta de una casita aislada y de humilde apariencia. Miró hacia todas partes, para ver si alguno le había seguido, y persuadido de que nadie le veía, llamó a la puerta con golpes extraños.

Los pasos de alguna persona que venía del interior de las piezas, se oyeron a poco. Brilló por el agujero de la cerradura una luz.

Los pasos cesaron de repente, y se escuchó una voz de mujer que preguntaba desde adentro:

—¿Qué deidad?

—Poderosa Temis—contestó el de la barba larga.

Entonces se escuchó descorrer un cerrojo, quitar la cadena que aseguraba la puerta por la parte interior, y el ruido de ésta que giraba sobre sus goznes, dando entrada al misterioso personaje que había llamado.

—¿Han venido los demás?—preguntó el que entraba.

—Sí, señor

—¿En litera?

—En litera.

—¿A qué hora llegaron?

—A las diez.

—Sin ruido, por supuesto.

—Con el mayor sigilo.

—Está bien. ¿No falta alguno por entrar?

—Nadie; a usted solamente esperaba.

—Mejor; cierra, y ven a darnos de cenar al momento.

Y penetró al interior de la casa.

La puerta volvió a cerrarse; la luz desapareció, y el mendigo, que se había detenido a algunas varas para no ser visto, se aproximó al edificio y se puso a examinar cuidadosamente la casa y el sitio en que estaba situada.

—¿Vivirá aquí?—dijo después de un rato de observación minuciosa—. No, imposible; la habitación es muy humilde y él debe guardar una posición brillante, si ha sabido dar muchos golpes como el que yo presencié en Guadalajara.

Al decir esto se acercó a la puerta y aplicó el oído a la cerradura.

—Nada se escucha—volvió a decir—. Y, sin embargo, el

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

corazón me anuncia que a ese hombre le han conducido a este sitio siniestros fines. La azotea no está muy alta...; si pudiese subir a ella ayudándome de las rejas de las ventanas... Veamos.

Y convencido de que una vez en la azotea le sería fácil descender por ella al interior de la casa y descubrir lo que en ella pasaba, se abalanzó a la ventana y emprendió la subida.

Deseaba convencerse de que realmente aquel hombre era el mismo que él sospechaba, y se propuso seguirlo, aun cuando sabía que escalando la azotea se exponía a graves consecuencias.

Entre tanto, el hombre a quien había ido siguiendo, penetró a una pieza provista de una mesa en medio, junto a la cual se veían sentados en sillas ordinarias cinco hombres que le esperaban.

Al verle, los cinco hombres se levantaron y le saludaron con respeto.

—Buenas noches, amigos míos—dijo el que acababa de entrar, dando la mano a cada uno de los que le esperaban—. ¿Ha sospechado nuestro cautivo a dónde le traían?

—No, señor—contestó uno de mala cara y bigotes retorcidos—; no se le ha permitido sacar la cabeza de la litera, y ha entrado sin saber en qué sitio se encuentra.

—Perfectamente. Cuando por pretextos políticos cayó en poder de usted, que entonces era militar, convenimos que en vez de entregarlo al gobierno, me lo entregase usted a mí, por las miras de interés pecuniario que usted no ignora, y fué una medida muy acertada conservarle oculto a los ojos del mundo, que le juzga muerto, después de tan larga ausencia.

La mujer que había abierto la puerta al hombre de la barba larga, entró con una gran fuente de pollos asados y varias botellas de vino.

—Para lo que tarda en morir—dijo el de los bigotes retorcidos.

—Mejor. Entonces no me remorderá la conciencia—dijo poniéndose a trinchar el de la barba—; ni tendré miedo a que ninguno me dispute los bienes que le fueron confiscados, y que usted compró...

—Pero no para mí, sino para usted...

—Es verdad. Usted se presentó como comprador, porque así nos convenía, aunque el negocio fué realmente para mí, que facilité el dinero.

—Y un negocio como hay pocos.

—Ciertamente; los bienes fueron comprados...

—Casi de balde—le interrumpió sonriendo el que había sostenido la conversación, vaciando un vaso de vino.

—¿Y tengo la culpa de que el gobierno los vendiese en un precio insignificante?—exclamó, haciendo lo mismo el de la barba.

—Estoy muy lejos de pensarlo.

—Además, nosotros no hemos venido a México a mudar temperamento, sino a explotar sus minas, y ningunas mejoras que aquellas que producen, sin trabajo, metal acuñado.

—Tiene usted sobrada razón.

—¿Ha dejado usted su hermosa Nápoles, ni usted a Polonia, ni usted a Florencia, ni ustedes dos los Estados Unidos, ni la buena mujer que nos cuida a Niza, ni yo mi patria, sino con el objeto de sacar de las revoluciones en que se agita México, el provecho necesario para volver a nuestros respectivos países?

—Sin duda alguna—respondieron todos.

—Tomamos parte—continuó el de la barba larga—en la revolución de la Acordada, para sacar provecho de las riquezas que estaban reunidas en el Parián; azuzamos la expulsión de los españoles, último de los actos del gobierno de Victoria, para apoderarnos de su comercio y adquirir a insignificantemente precio ricas posesiones que no se podían llevar; influimos luego para que Guerrero, que le sucedió en la presidencia, ordenase que se ocupara la mitad de las rentas de los españoles que habían salido del país, en cuyas cobranzas logramos tomar parte muy activa.

—Pero ninguno ha sabido aprovecharse como usted de esos continuos trastornos; usted, que se fué a disfrutar una larga temporada fuera del país, de las inmensas riquezas que había improvisado, dejándonos aquí el encargo de cuidar sus intereses y de vigilar al prisionero.

—Sí, es cierto; pasé una época muy feliz; pero me parece que ustedes no carecen de un capital envidiable para vivir con decencia, y hasta con lujo, en las principales capitales de sus respectivos países.

—¡Gertrudis!—añadió luego, llamando a la mujer que servía—traiga usted una botella de Valdepeñas.

—No lo negamos—respondió uno de ellos—; pero aun no está satisfecha nuestra codicia.

—Pronto espero que ha de quedar; y entonces nos separaremos para siempre, como buenos amigos, para que cada cual vaya a disfrutar de los bienes que honradamente hemos adquirido. Nosotros somos aves de paso que tomamos el trigo y vamos a anidar a otra parte. No debemos imitar a

los españoles que han anidado aquí, levantando suntuosos templos, sorprendentes acueductos, colegios magníficos, hechos por simples particulares, de que se envanecerían príncipes y reyes, para verse después expulsados y calumniados.

—Pero la calumnia y la expulsión es debida, no a los mexicanos, sino a algunos individuos de extrañas naciones, en cuyo círculo nos contamos, y cuyo objeto no ha sido otro que extraviar la opinión pública para alejarlos del país y ocupar nosotros todos los ramos de industria y de comercio; pintarles como rapaces y Nerones, a los que, en general, estaban muy distantes de serlo, para que las simpatías que a ellos se tenían, se volviesen hacia nosotros.

—Y no se puede negar que lo hemos conseguido en gran parte.

—Pero no entre la gente pensadora. Esta, por más que se escriba y se clame que los españoles eran enemigos de la independencia, ve que los que más trabajaron por ella fueron Echávarri y Negrete, ambos generales españoles, que contaban con la mayor parte de las fuerzas, el último de los cuales prestó grandes servicios a México, saliendo herido en el asalto a Durango, cuya ciudad se rindió al fin a su esfuerzo. «La Patria», le decía Iturbide después de ese triunfo, «que admira y reconoce en V. S. uno de sus más ilustres y decididos defensores, jamás olvidará esta memorable jornada, así por su importancia, como por el valor y sufrimiento de ese ejército de reserva, acreedor a la consideración y gratitud de cuantos conocen su mérito y participan de sus buenos servicios. Ni de oficio, ni en lo particular me participa V. S. la herida que recibió en el rostro, de resultas del último choque. Siento este accidente, porque siento los padecimientos de V. S.; pero al mismo tiempo le envidio una cicatriz que todos observarán con pasmo, señalando a V. S. como a uno de los principales agentes de la libertad de este suelo». Pero no solamente los españoles que tenían el poder de las armas, sino hasta los hombres dedicados al comercio, a las ciencias y a la religión, anhelaban separar este país de de la metrópoli. El doctor don Matías Monteagudo, español, fué el principal jefe de las reuniones tenidas en la Profesa, en noviembre de 1820, para conseguir la independencia de México; a su lado se encontraba Bataller, español también, regente de la audiencia; el ex inquisidor Tirado; muchísimos eclesiásticos, y todos los europeos opuestos a la constitución promulgada en Cádiz. Y era tal el cariño al suelo en que se habían radicado, que no contando el Ayuntamiento de México con los fondos necesarios para los cuantiosos gastos

que era indispensable hacer para celebrar el año de 1821 la entrada de Iturbide, franqueó don Juan José de Ache, español, veinte mil pesos, sin interés ninguno. Estos son los españoles que nosotros hemos llamado déspotas, tiranos, enemigos del país y de la independencia, cuya expulsión hemos conseguido, y cuyos nobles hechos hemos conseguido desvirtuar, inventando absurdos cuentos y ridículas consejas.

—Era la única arma con que podíamos enajenarles las simpatías del país. Brindemos a su buen éxito.

Y todos chocaron los vasos y bebieron.

—Y no ha faltado—dijo uno después de apurar el vaso—, quien haya criticado ese paso de los españoles como contrario a los deberes con la madre patria.

—Esa es una acusación inmerecida—contestó el de la barba larga—; los españoles, amantes de su rey y de su religión, vieron ambas cosas perseguidas por los liberales en España, y como el plan proclamado en Iguala por Iturbide halagaba las ideas de ellos, pues llamaba a que gobernase independientemente este país Fernando VII, y en su defecto a un príncipe español, no titubearon en entrar en el referido plan, que conciliaba la independencia del país en que tenían sus hijos, con el amor a sus reyes y con la religión.

—Y por eso al principio de la independencia fueron tan considerados.

—Y por eso nosotros trabajamos por desconceptuarles, atribuyéndoles miras siniestras para volver el país al dominio español.

—Con lo que conseguimos enajenarles las simpatías de los que antes les respetaban.

—Repito que esas simpatías existen y existirán entre la gente pensadora, que no cierra los ojos a las páginas de la historia.

—Pero nosotros hemos publicado otras mil historias para el vulgo, desfigurando estos hechos, y ya hemos empezado a recoger el fruto de nuestros trabajos.

—Todos estamos ricos.

—Yo—dijo uno—necesito recuperar lo que dejé de adquirir durante la administración de Bustamante en el poder desde el día 1.º de enero de 1830 hasta diciembre de 1832, época muy feliz para la República, pero en que no se podía hacer negocio más que por el estrecho camino que señala la Santa Madre Iglesia.

—Por eso—añadió otro—, entramos todos luego en el plan de Zavaleta, que vino a echar por tierra el poder de Bus-

tamante, y a elevar a Santa-Anna como presidente, y como vicepresidente a don Valentín Gómez Farias.

—¡Buen chico fué este último!...—agregó otro de los cinco rompiendo contra la mesa el cuello de una botella de Champaña—. Pues, aunque él era honrado y liberal de buena fe, hombre patriota, de saber y probó, y no se aprovechó de la ley que dió contra los bienes eclesiásticos y fundaciones pías, los extranjeros, menos escrupulosos que los mexicanos, supimos hacer nuestro agosto.

—Y combatir de palabra—advirtió el primero—contra los generales Arista y Durán, que se pronunciaron por «Religión y Fueros».

—Sin embargo—dijo el de la barba larga—, ningún paso de la administración de Gómez Farias nos dió tan buenos resultados pecuniarios como la llamada ley del «Caso», dada en 23 de junio de 1823, por el Congreso, recién vuelto yo al país. Por ella se enviaron confinados al navío «Asia», que estaba de depósito en Veracruz, a todos los que se hallasen en el «caso» que expresaba la ley, sin definir cuál era éste. Todos han dicho después, y dijeron entonces, que aquella medida fué la más injusta que han dictado los hombres; pero yo, que sólo estoy a los resultados pecuniarios que las leyes y las revoluciones me dejan, digo que fué la más provechosa, pues compré varias fincas a los confinados, en menos de la octava parte de su valor.

—Y no sacó usted menos provechos de la prisión de Santa-Anna, que fué a combatir a Durán y Arista, y hecho prisionero por éstos.

—Es cierto; porque los pocos españoles que fueron exceptuados de la expulsión, no fueron olvidados entonces. Atribuyéndoles siempre todas las revoluciones que se suscitaban, como si todo lo pudieran los que no podían protegerse a sí mismos, se les hizo responsables de la prisión del presidente Santa-Anna, con cuyo motivo se presentaron en el Senado, en la sesión del 12 de junio, estas proposiciones: 1.<sup>a</sup> Se tomarán en rehenes, para asegurar la vida del excelentísimo señor Presidente, a los españoles y americanos notoriamente desafectos a las instituciones federales y enemigos de la actual administración. 2.<sup>a</sup> Se anunciará a los jefes de los pronunciados, que no se pondrán en libertad, mientras no entreguen la persona de S. E., y que en el momento que se atente contra la vida del ilustre prisionero, serán decapitados los tomados en rehenes, inmediatamente.

—¿Y quién le sugería tan bella idea al Congreso?

—Yo, que tenía muchos amigos en él, y que juzgaron la

idea salvadora—contestó el de la barba—. De esta manera me hacía de prestigio; intercedía, en privado, por algunos españoles ricos, que recompensaban mis servicios con oro abundante, y pasaba con los primeros por ardiente patriota, y con los segundos, por filántropo y compasivo.

—Perfectamente.

—Así es que, al volver Santa-Anna a México, después de haber derrotado en Guanajuato a Durán y Arista, y empuñar las riendas del gobierno, derogando la ley de patronato eclesiástico, haciendo que los obispos fugitivos se restituyesen a sus sillas, y que los expatriados volvieran a su patria, yo quedé perfectamente puesto, pues tenía en mi favor a todas las personas que juzgaban deberme el beneficio de no haber salido desterradas del país.

—Para todo es menester tener talento y fortuna, como usted la tiene—dijo uno, acabando de cenar y encendiendo un gran puro habano.

—Y ¿dónde está el cautivo?—preguntó, haciendo lo mismo el de la barba.

—En el último cuarto de la casa.

—Voy a verle; pueden ustedes acostarse cuando gusten. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y dándoles la mano, penetró, después de descorrer un cerrojo, en el cuarto que le habían indicado.

Al entrar en él se encontró con el hombre a quien llamaba su cautivo, y que se paseaba a largos pasos y pensativo por la estancia. Su estatura era regular y su cuerpo bien formado; vestía una levita corta gris y pantalón oscuro; era su espalda ancha y su cintura estrecha; sus brazos sueltos y nervudos, y elevado y bien formado el pecho. Su rostro era blanco, pero sus mejillas, que revelaban haber sido encendidas, estaban pálidas por los sufrimientos y el encierro; sus ojos eran garzos y grandes, velados por largas y delicadas pestañas, de un mirar dulce y expresivo, que revelaban al hombre de valor y de corazón sensible; su cabello castaño y ondulado, se rizaba naturalmente, cayendo sobre su erguido cuello, velando una cabeza perfecta, en cuya despejada frente se vislumbraba la luz de la inteligencia y de la resignación varonil; proporcionados bigotes retorcidos sin exageración y abundante perilla, hacían resaltar una boca de un corte delicado, en cuyos labios vagaba un aire de melancólica ternura, que le daba a su simpática fisonomía un interés indefinible; su nariz era una de esas que vemos en las bellas estatuas de los tipos griegos, y todo su conjunto,

uno de los más interesantes que pueden delinear los pintores y fingir la imaginación más poéticamente creadora. La edad de este hombre, a quien no se podía ver sin sentirse interesado por él, parecía ser como de treinta y siete años, época en que la naturaleza del individuo ostenta los mejores tesoros de la juventud, reglados por el juicio, y en que ha desaparecido la volubilidad inherente a los primeros años en que el hombre empieza a figurar.

El que acababa de entrar se detuvo un momento; y dirigiéndose luego con la mano extendida hacia el prisionero, le dijo con acento agradable:

—Buenas noches.

—Buenas noches—contestó con sequedad el saludado, sin dejar de pasearse.

—¿Rehusa usted estrechar en la suya la mano que le ofrezco?

—Darse dos hombres la mano, indica «simpatía mutua»; estrecharla «amistad íntima»; y yo no puedo tener simpatía, ni mucho menos amistad íntima con el hombre que me ha privado de la libertad.

—Me hace usted un cargo que estoy muy lejos de merecer.

—Será así.

—Yo no le he privado a usted de la libertad; yo no le conocía a usted; el gobierno había dispuesto su muerte, y un amigo mío, encargado en aquella época de perseguirle, confió su custodia a mi cuidado, y dió parte, a instancias mías, para salvar su vida, pues me interesó usted desde que le conocí, de no haber conseguido su captura, dándole a usted por cárcel una casa donde he procurado que nada le faltase.

—Mil gracias. Y ¿quién formuló contra mí la terrible acusación de conspirador sino ambiciosos aventureros de otros países, que azuzan las revoluciones y los destierros, sacando provecho de los desgraciados y de las convulsiones que enervan y aniquilan nuestro edificio social?

—¿Ha dado usted en eso!

—Es la verdad.

—Cree usted que los extranjeros...

—No hablo de ellos en general; son industrioses y honrados en su mayor parte, y esto basta para que los aprecie.

—Pues entonces...

—Yo hablo de los que, no feniendo cabida en su país, han venido a éste, no con una industria, oficio o profesión, sino a atizar la tea de la discordia para sacar provecho de ella, indisponiendo a los hijos de una nación que los ha recibido con altas consideraciones de aprecio.

—¿Y usted cree que yo...?

—Yo creo que usted se encuentra entre el número de los que aspiran a elevarse con la ruina del suelo que le ha dado hospitalidad.

El de la barba se sonrió, y dijo, sin dar muestras de enojo: —Veo que está usted muy mal prevenido contra mí.

—Y me veo precisado a decirle a usted que difícilmente cambiaré de opinión.

—Lo siento.

—Y seré franco. Nunca he creído en la sinceridad de los extranjeros que han tomado parte en nuestras revueltas; y cuando me dió usted por prisión su casa, asegurándome que lo hacía con el noble fin de salvarme la vida, creí que no era sino un lazo tendido para asegurarse de mis bienes y prohibir que los reclamase.

—Le perdono a usted esas sospechas que me ofenden altamente.

—Nunca he sabido dónde estoy; me han traído aquí, y sigo ignorando dónde me encuentro; se trata de hacerme creer que el mismo gobierno que me perseguía hace ya años, existe al presente; me veo custodiado siempre por extranjeros, y no se me deja comunicar con mexicano alguno.

—¿No ve usted que si mi anhelo hubiera sido apoderarme de sus bienes, para que usted no los reclamase en ningún tiempo, el medio más fácil hubiera sido hacerle desaparecer de la lista de los vivientes?

—Creo que cuando se me conserva la vida, es porque se teme a los remordimientos, o porque de ella espera usted algún buen resultado.

—Veo que no hay modo de entenderse con usted.

—Los hombres como usted es imposible que comprendan el corazón de los que piensan como yo.

—¿Es decir que nunca seremos amigos?

—Nunca.

—¿Y que rechazará usted cualquiera proposición que yo le haga?

—Todas, porque no pueden envolver más que iniquidad.

—Sin embargo, mi intento hoy era proponer a usted...

—Ahorraos la molestia de decirlo y a mí de escucharlo; no envileceré yo el apellido que con orgullo llevo, dando, ni por un instante, oídos a proposiciones indignas.

—¿Y si en mis propuestas, pues me han asegurado que usted amaba en la época en que cayó prisionero, hubiese una que condujese a usted al lado de la mujer que ama?

—¿De la mujer que amo?—exclamó el prisionero sin poder

contener su alegría y su sorpresa, y operándose en su rostro un cambio completo.

Su interlocutor advirtió aquella violenta mutación, que le anunciaba su triunfo, y le contestó:

—Sí, de la mujer que ama usted.

La fisonomía del prisionero fué perdiendo poco a poco el fuego del placer que le había animado por un momento, como ilumina el relámpago los témpanos de nieve, que vuelven a quedar pálidos y helados; sus ojos se fijaron en el suelo con aire reflexivo; su pecho quedó oprimido con el peso de un recuerdo poderoso; cruzó los brazos con ademán melancólico, levantó luego la cabeza con aire resuelto, y exclamó con una energía que daba a conocer el terrible combate que había sostenido su corazón:

—¡Jamás!

El hombre de la barba hizo un gesto de disgusto.

El cautivo le dirigió una mirada de desprecio y volvió a cruzar a largos pasos la pieza en que estaba preso.

—Creo que no me ha oído usted—dijo el de la barba mirándole con atención.

—Perfectamente.

—Le he dicho a usted que la aceptación de mi proposición le conduciría a usted al lado de la mujer que ama.

—Lo he oído sin perder una palabra.

—¿Y rehusa usted mi risueña propuesta?

—La rehuso.

—Piénselo usted detenidamente.

—Lo he meditado a conciencia.

—Es usted tenaz en sus resoluciones.

—Soy caballero para saber cómo me toca proceder.

—No amaré usted mucho, cuando no está usted dispuesto ni aun a oír lo que exigía para dejarle volar al lado del objeto de su cariño.

—¿Y quién le ha dicho a usted que yo amo?—exclamó el prisionero, haciendo sobre sí un terrible esfuerzo.

—No falta quien haya conocido a usted antes de estar a mi cuidado.

—Es que habrá muchos que hayan conocido mi persona, pero ninguno los secretos de mi corazón.

—¿Luego no es cierto que ama usted?

—He dicho que ninguno ha conocido los secretos de mi corazón, y se me olvidó agregar otra palabra.

—¿Cuál?

—Que nadie los conocerá.

—Es decir...

—Que la pregunta de usted no puede ser satisfecha.

—Para usted será el mal.

—Y para usted el bien, lo sé.

—Consulte usted su conciencia.

—Antes de consultar con ella, consulto yo con mi honor.

En aquel momento se escucharon los ladridos de un enorme perro de presa y los gritos de algún desgraciado.

El hombre de la barba larga se sobresaltó y aplicó el oído.

El ruido era en la azotea.

—Sin duda alguno anda arriba—exclamó el de la barba—; es preciso correr al instante.

Y sin detenerse salió de la pieza; echó el cerrojo a la puerta de la prisión; sacó un par de pistolas que llevaba debajo de la levita, y se presentó en la azotea en el instante en que un hombre bajaba apresuradamente de ella, agarrado de los fierros de la ventana.

El extranjero disparó sobre él sus armas, en el momento en que el prófugo se deslizaba por la calle que, por una fatal casualidad, cruzaba al mismo tiempo otra persona.

Un ¡ay! se escapó de los labios del que huía, y un lastimero quejido de la inocente persona que pasaba, y todo volvió a quedar en el más profundo silencio.

—¿Qué ha sucedido?—preguntaron presentándose armados los cinco que poco antes vimos cenando.

—Que ha penetrado un hombre aquí.

—¿Y el perro no le ha devorado?

—No; porque estaba entretenido en rasgar ese capote raído que le arrojó sin duda para poder huir el asaltante.

—Como no sea alguno que sospeche algo y trate de delatarnos...

—De todas maneras es preciso que abandonemos ahora mismo este sitio y vuelva a ser conducido el prisionero al lugar en que estaba.

Un bulto oscuro que había permanecido gran rato tirado en la calle, se arrastró, conteniendo los quejidos, y como una sombra, hacia los árboles que crecían a la espalda de la casa dejando en el suelo un reguero de sangre, que salía de una herida.

—Sí, bajemos a ensillar los caballos—contestó uno de ellos.

—Y tú—dijo el de la barba, dirigiéndose a otro—, dispón la litera sin perder un momento.

—Voy volando.

Pocos instantes después se abrió con muchas precauciones la puerta del zaguán.



El bulto que había logrado penetrar en la arboleda arrastrándose y sufriendo acerbos dolores de la herida, marcando su marcha con la abundante sangre que de su cuerpo manaba, se acercó a la pared del edificio, y asomó la cara por la esquina, tendido siempre sobre el suelo.

Una litera salió entonces de la casa y se detuvo en la puerta.

En seguida se vió a uno de los extranjeros aparecer conduciendo de las riendas seis caballos ensillados.

A los pocos instantes se presentaron sus compañeros custodiando al prisionero.

La mujer, que también había salido con ellos, abrió la portezuela de la litera.

El arrogante cautivo se dispuso a entrar.

El bulto, que tirado en tierra y empapado en sangre observaba sin exhalar un gemido, alargó cuanto pudo el pescuezo para reconocer a alguno.

Pero la noche estaba obscura como un terciopelo, y envolvía en espesas sombras los objetos.

De repente, y al mismo tiempo que el prisionero penetraba en la litera y se cerraba la puerta de ésta tras él, vió caer al suelo una cosa blanca.

Ninguno advirtió aquel objeto que se había caído del bolsillo del cautivo al dar el salto para entrar en la litera.

Sólo el herido tenía fijos los ojos en él.

A los pocos instantes todos estaban a caballo. El de la barba habló en secreto con sus compañeros, les dió algunas instrucciones y esperó a que partieran.

Poco después la litera echó a andar, custodiada por los cinco extranjeros y la mujer que con ellos iba.

El enorme perro de presa los seguía mirando receloso hacia todas partes.

El de la barba, al verles partir, se alejó, penetrando a poco en las calles de la población.

El hombre que tendido en tierra había estado observando, empezó a arrastrarse con dirección hacia donde estaba el objeto blanco; pero había perdido tanta sangre, que temió expirar sin conseguir su intento.

—¡Dios mío!...—exclamó con el mayor fervor aquel hombre—. Tú que ves la intención recta que me guía, dame fuerzas para llegar.

Y reanimado por aquel deseo, que debía ser ardiente, a juzgar por la expresión enérgica que se marcaba en su semblante, hizo un esfuerzo supremo, y avanzó, arrastrándose, un gran trecho.

Pero al movimiento extremo que hizo, se le abrió más y más la herida, que empezó a brotar con mayor abundancia la sangre.

Entonces se sintió desfallecer.

Se encontraba ya a pocas varas del objeto que había visto caer; fijó desde allí su amortiguada vista, y reconoció que era un cuaderno.

Un secreto presentimiento le decía que en aquel cuaderno se encerraban secretos importantes. Esta convicción le hizo cobrar nuevo vigor; hizo un extraordinario empuje, y llegó hasta donde estaba el papel. La luz del placer iluminó sus ojos, cogió el cuaderno con débil mano y fijó la vista en él. De repente sintió que se le helaba el corazón; que la sangre le saltaba, y que el velo de la muerte empañaba su vista.

—¡Morir!... ¡Morir!...—murmuró—, cuando en este papel tal vez...

No pudo concluir; sintió que las fuerzas le abandonaban; guardó el cuaderno dentro del pecho, y quedó sin movimiento.

## CAPITULO VI

### El Cabrío

Leopoldo pasó una noche inquietísimo, ocupado en adivinar el motivo que podía haber obligado a don Emilio a que su hermana y Clotilde no concurriesen al baile.

El corazón del que ama está siempre despierto para llorar sus penas si es desgraciado, y acariciar sus favores si es venturoso.

Su sueño es como el del febricitante; inquieto y cercado de mil fantasmas, ya risueños o aterradores, según el estado más o menos impresionado de la fantasía.

Anhelante de conocer la causa que le había robado la felicidad de respirar al lado de su amada las delicias del baile, que él había esperado como el supremo bien de la vida, y receloso su corazón por el pensamiento de un rival temible, se levantó de su lecho no bien penetró la primera luz del sol por las ventanas de su cuarto.

Aun no había acabado de vestirse, cuando escuchó la voz del criado, que preguntaba si podía pasar.

—Sí, entra.